

LOS LIBROS QUE SON DEL TIEMPO

Antonio Tenorio

No es de extrañar que en un mundo en el que el pragmatismo se ha tornado en un credo casi asfixiante, poco entusiasmo despierte todo aquello que se mire bajo la etiqueta de “lo teórico”. La demanda, convertida en exigencia inaplazable, de un saber que se pueda aplicar prácticamente de inmediato, ha cimentado la idea de que todo aquello que no ha de servir cuanto antes, simplemente no sirve.

Lejano cual si se tratara de otra galaxia parece en nuestros ajetreados días el año de 1905. En pleno tránsito entre un siglo y otro, y aún más, entre una época y otra, *a posteriori*, claro, aquel 1905 se hizo célebre bajo la denominación legendaria del *annus mirabilis* de la ciencia.

En junio de 1905 apareció en el volumen XVII de *Annalen der Physik*, el tercer artículo consecutivo en su publicación, aunque no en su tema, escrito por un joven físico alemán nacido en 1879, en Ulm, una localidad ubicada en uno de los valles del histórico Danubio, no lejos de los Alpes.

El autor, de por entonces 26 años, había visto publicados dos artículos los meses anteriores. Uno, sobre física cuántica, en marzo; otro concentrado en el tema de las partículas, en mayo; y, finalmente, una tercera disertación que culminaba con una teoría que a la postre le daría fama mundial y lo convertiría en uno de los iconos del siglo XX; su nombre, Albert Einstein.

“El tiempo cambia según las circunstancias”, parecía ser –por extraño que sonara–, lo que aquel tercer artículo titulado “Teoría especial de la relatividad”, sugería como su idea central. Escribe Peter Watson en su portentoso recuento de aquellos años, *Historia intelectual del siglo XX*: “La idea de que el tiempo puede reducir o aumentar de velocidad puede resultar extraña; sin embargo, era eso precisamente lo que sugería Einstein” (111).

No es éste el espacio, en manera alguna, para intentar explicar las bases de la formulación de quien es, quizá, el más conocido de todos los científicos que cruzaron la centuria anterior.

Procurar exponer, así fuera de modo somero, los principios de la teoría formulada por Einstein en junio de 1905 requeriría una extensión con la que ahora no se cuenta. Pero además, en la dirección que estas líneas pretenden trazar, sobre lo que se busca llamar la atención no es la teoría expuesta en sí, sino en la recepción que la época le dio.

“Los relojes se atrasarían en los viajes realizados a altas velocidades”, recuerda Watson la predicción más famosa de Einstein en los albores del siglo XX. Para luego dar cuenta de que “hubieron de pasar muchos años antes de que pudiera corroborarse mediante la experimentación un aserto tan contrario al sentido común; pero, a pesar de que sus ideas no supusieron ningún beneficio práctico inmediato, transformaron por completo la física”.

Por paradójico que pueda sonar, en un tiempo en el que el mundo conocido se transformaba de manera vertiginosa, ese mismo tiempo (en el sentido de “época”) fue extremadamente lento para comprender el alcance de lo que Einstein planteaba. En un momento que se prolongó

por años, lo planteado en aquel artículo se consideró sí relevante, pero a la vez poco "práctico"; es decir, "demasiado teórico".

Hoy, sumidos en un culto a la inmediatez, el pragmatismo y el lucro que parece no tener freno, resulta inconcebible para no pocos alguna realización cuyo beneficio pueda cuantificarse (si es en dinero, mucho mejor) en lapsos que, cuando muy largos, deben tener como límites los doce meses. Todo aquello que, parafraseando a Watson, no suponga "ningún beneficio práctico inmediato" ha sido puesto bajo sospecha y combatido bajo la condenatoria sentencia de "dinero y tiempo, pero sobre todo, dinero perdido".

Sin dejar de ser del presente, y por tanto, servirle, las publicaciones académicas, como *Annalen der Physik* lo era en 1905 y lo sigue siendo hasta hoy, son no sólo del presente, fugaz y engañoso, por naturaleza. Aquello que se publica desde una entidad cuya razón de ser no es el dinero sino *el saber*, tiene en su propio origen una relación con el tiempo señalada por lo que es capaz de trascender el presente.

Si la palabra *moda* deviene del latín *modus* (manera) y tiene en la aceptación a su otro componente, bien se puede definir lo que está de moda como aquello que se hace "a la manera del momento"; otra forma de llamar a ese *momento* es presente, y en un viso más radical: inmediatez.

En otro sitio, habría de considerarse idealmente, debería colocarse aquello que sale de las prensas de la fusión entre universalidad y conocimiento, es decir, del afán de ese saber que por universal concierne a todos los espacios y todos los tiempos. Cuanto publican las universidades, los sitios en los que saber y universalidad convergen, ha de marcar su camino no a la sombra de *la manera del momento*, sino a la luz de la manera del pensamiento.

Radica en ello su valor fundamental. Los libros que publican las universidades son los libros que son del tiempo. De un tiempo tan largo y ancho como el tiempo y el espacio del mundo lo es. Su prisa no es la del mercado, Júpiter insaciable y contumaz que devora a sus hijos. Su andar corresponde a la propia dilatación que, a su propio paso, va abriéndose camino para recibir y alojar lo que viene.

A propósito del mismo Einstein y la formulación de la teoría que le granjearía el mote de genio, Watson asoma la idea de que uno de los elementos que determinaron que la formulación de Einstein resultase tan original fue el poco contacto que el físico guardaba con las teorías que estaban en la órbita de las modas de aquellos años.

No se trata de publicar desde la autarquía, no se propone aquí romper los lazos con el presente o la utilidad inmediata, sino de valorar en la difícil tarea de editar publicaciones que ven la luz desde las imprentas universitarias, la debida, necesaria y agradecerable distancia con las modas, vapor de lo inmediato.

La deuda que la humanidad tiene con la invención de la escritura, ha sentenciado con gran acierto Paul Ricoeur, es simplemente impagable. En última, y también primera, instancia, la escritura es tiempo.

En un sentido amplio de comprensión del término *escribir* como la fijación del mensaje más allá del tiempo del emisor-autor, la escritura es ese puente hecho de tiempo que nos conecta, en todas las épocas, con el resto de lo humano.

La escritura es tiempo. Los libros, el libro, son, a su vez, el objeto-herramienta que por antonomasia ha abierto el camino hacia la transmisión del conocimiento. El allá del autor, soportado en un objeto llamado libro, conservado en ese mismo objeto, se convierte en el aquí de quien lo lee y, al hacerlo, incorpora mediante su propia escritura el siguiente eslabón, hacia un allá en el que descansa la propia supervivencia de la especie.

En ese andar, todos los libros están hechos de la pasta del tiempo, se hallan fundidos a él. Mas, los libros que producen los centros de la reflexión sin prisa, de la libertad por el saber (parafraseo el bello lema de nuestro Colegio Nacional), son más del tiempo que ningunos otros.

En años en que los efectos de la centralización radical con la que nuestro país ha andado su historia eran aún mayores, el mérito de editar libros desde una universidad fuera de la capital de la República, se multiplica visto hacia atrás.

El mayor legado del acervo que durante medio siglo ha constituido la Universidad Autónoma de Aguascalientes, son los libros mismos, desde

luego; pero no lo es menos el ejemplo de la devoción por difundir el saber que la historia de ese hacer nos entrega a cinco lustros de distancia de su Departamento Editorial.

Debo decir, por lo que a mí corresponde, que además de la gratitud que me une con el fondo editorial de la UAA, me representa un honor formar parte de él. Poder dar testimonio de la generosidad con la que se nos ha dado cabida a autores que no formamos parte de su cuerpo académico, señala un vocación de apertura que es fundamental reconocer en toda su magnitud.

Se trata, además, de un fondo editorial que ha sido conformado con inteligencia y grandeza de miras. Libros que al saber del tiempo, han de perdurar como espacios para el diálogo entre tiempos y entre saberes.

El hecho de que además la editorial de la Universidad sea cuidadosa en la elaboración de cada nuevo título, que exista una coherencia gráfica entre los libros producidos y las colecciones planteadas, al tiempo que, como objetos que son, inviten a la lectura, es un mérito mayor no siempre parte de la noble labor editorial, tan sometida a las prisas del mercado depredador.

La existencia de la editorial como área fundamental de la Universidad Autónoma de Aguascalientes –con sus veinticinco años y su medio siglo de vida, respectivamente–, son motivos de celebración que rebasan, para fortuna de todos, lo regional y aún lo nacional.

La UAA ha logrado a lo largo de los años consolidar una editorial que produce libros que son del tiempo y al tiempo se deben; al modo de la existencia de lo humano, ni más ni menos. Qué privilegio contar con ellos. Enhorabuena para todos quienes están comprometidos con este magnífico ejemplo de la naturaleza, misión y visión propio del ilustre quehacer editorial desde las universidades, casas que abrigan futuros alimentados del saber y el tiempo.

Aquello que se publica desde una entidad cuya razón de ser no es el dinero sino el saber, tiene en su propio origen una relación con el tiempo señalada por lo que es capaz de trascender el presente.

Antonio Tenorio